

# INOCENCIA Y HONRADEZ,

JUGUETE EN UN ACTO, EN VERSO,

DE

**FRANCISCO GARCIA VIVANCO.**

---

MADRID.

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

OFICINAS: PEZ, 40, 2.º

1870.

THE HISTORY OF THE

REPUBLIC OF THE UNITED STATES

OF AMERICA

BY JOHN ADAMS

# INOCENCIA Y HONRADEZ.

JUGUETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

**DON FRANCISCO GARCÍA VIVANCO,**

ESTRENADO

con extraordinario éxito en la noche del 19 de Julio  
de 1867.



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia

T. LOPRAS

N.º de la procedencia

4790.

**MADRID: 1870.**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EDUARDO CUESTA,  
calle del Factor, 14, bajo.

AL SR. BRIGADIER JEFE DE ESCUELA DE ARTILLERIA  
DE LA ISLA DE CUBA,  
DON VICTOR MARINA Y VENTURA.

---

MI QUERIDO BRIGADIER Y AMIGO :

*Si mi primera obra ha de tener algun valor, será el que le dé el ir su nombre al frente de ella : admita usted, pues, esta dedicatoria, con lo que se considerará muy honrado*

EL AUTOR.

---

---

PERSONAGES.

---

ISOLINA, (niña de siete años).

PILAR.

DOÑA DOROTEA

MANUEL.

FEDERICO.

---

*La propiedad de esta obra pertenece á la SRA. VIUDA É HIJOS DE DON JOSÉ CUESTA, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.*

*El propietario se reserva el derecho de traduccion.*

*Queda hecho el depósito que exige la ley.*

---

## ACTO UNICO.

---

El teatro representa una casa de una familia decente, pero desgraciada: habitacion empapelada, y en la que se debe notar la falta de muebles: sillas; una mesa con recado de escribir.

### ESCENA PRIMERA.

MANUEL, escribiendo; PILAR, sentada con un cesto de labor en la falda;  
ISOLINA, sentada en una silla pequeña al lado de Pilar.

ISOLINA.        Por Dios, no te aflijas tanto  
                      y no pierdas la esperanza,  
                      que tras la fiera tormenta  
                      suele suceder la calma.  
                      Yo tambien desde muy niña  
                      soy bastante desgraciada,  
                      y sin embargo, contenta  
                      vivo, mi querida hermana.  
                      ¿No sabes lo que nos dice  
                      el catecismo Ripalda?  
                      Que suframos con paciencia

los trabajos que Dios manda.

¿Pues qué, sufriera uno tanto á no ser buena cristiana?

PILAR. (Sus palabras me hacen daño, su acento infantil me mata.)

ISOLINA. (Levantándose.) ¿Y tú qué dices, Manuel?

MANUEL. ¿Qué quieres que diga? nada.

ISOLINA. Como te veo tan triste...

MANUEL. (Levantándose.) Quiera el cielo que esta carta surta el efecto que espero: el lance de esta mañana me trae tan preocupado...

PILAR. ¿Y qué le dices á Mata?

MANUEL. Le digo... Pero mas vale que tú misma... (Alargándole la carta.)

PILAR. No, me basta.

ISOLINA. Hay secretos... me retiro; no quiero estorbar.

MANUEL. Bobada:  
ven, acércate, hija mia,  
y escúchame.

ISOLINA. Muchas gracias.

MANUEL. (Leyendo.) «Una imperiosa necesidad me obliga á molestarle: sin recursos, sin trabajo y sin tener ni aun que dar de comer á mi pobre hermana y á la desgraciada niña que vive con nosotros, ha llegado el dia en que la miseria se ha presentado á mis ojos con toda su horrible fealdad; y como si tanta desgracia no fuera bastante, hoy mis apuros han venido á aumentarse, pues el case-ro me obliga á dejar desalquilada la habitacion que ocupo, el dia de mañana, si antes de ese plazo no le satisfago un mes que le debo de alquileres.

En semejante situacion, á usted, mi único amigo, recurro en la confianza de que me facilitará algun dinero, el que con el producto de su trabajo le devolverá su desolado amigo.—*Manuel.*»

ISOLINA. (Con malicia.) ¿Y vas á echarla al correo?

MANUEL. ¿Por qué lo dices?

ISOLINA. Por nada.

MANUEL. No, cuando tú me preguntas  
de fijo que...

ISOLINA. Cosa estraña;  
habrás llegado á creer...

MANUEL. Yo no:  
pero es cosa bien probada  
que los niños y los viejos  
dicen verdad á las claras,  
y estoy seguro que ahora  
te ocurre una idea; habla.

ISOLINA. Si te empeñas, hablaré;  
pero has de darme palabra  
de no reñirme, si acaso  
soy indiscreta en mi charla.

PILAR. Habla, Isolina, sin miedo.

MANUEL. Te escucho.

ISOLINA. No seré larga :  
y lo que voy á deciros  
no es mio, es una fábula  
que he aprendido de memoria  
este mes en la enseñanza.  
Perdido en la montaña  
una noche de invierno,  
un cazador se hallaba  
de frio casi yerto ;  
caminando sin rumbo  
por estrecho sendero,  
dió al fin con una casa  
donde su agreste dueño  
pobre pastor del campo,  
le recibió contento.  
Allí pasó la noche  
sentado junto al fuego,  
del pastor los favores  
gozoso recibiendo.  
No bien de la mañana  
apareció el lucero,  
dejó aquella cabaña  
mil ofertas haciendo

al pobre campesino,  
de atenderle, tan luego  
llegara á su palacio;  
pues era el caballero,  
un marqués, que gozaba  
la fama de opulento.

A su puerta un mendigo,  
despues de mucho tiempo,  
humilde se acercaba  
un socorro pidiendo.

—Señor—al marqués dijo:  
si mal no lo recuerdo,  
una noche llegásteis  
á mi cabaña, muerto  
de frio y de cansancio,  
y os amparé al momento.

Y aparentando entonces  
desconocer el hecho,  
el marqués le responde :

—Pues yo no lo recuerdo.—

¡Que no siempre el que siembra beneficios,  
halla pago en el mundo á sus servicios!

MANUEL. Dame un beso, y dos y cien:  
tú mi desgracia consuelas.

PILAR. ¿Díme, y qué vamos á hacer  
si es que acaso no le encuentras?

MANUEL. Dejar la carta, y mas tarde  
volver á por la respuesta.

PILAR. ¿Y qué vá á ser de nosotros  
si acaso Mata se niega?  
Sin recursos, sin trabajo,  
sumidos en la pobreza,  
para colmo de desgracias  
solo nos faltaba esta.

¡Encontrarnos en la calle!

Si al fin se compadeciera  
y nos otorgára un plazo  
para pagarle la deuda.

Vé á verle.



MANUEL.

¿A quién?

PILAR.

Al casero.

MANUEL.

¡Sí, pues está buena fiera!  
Parece que no le oíste  
decir—sea lo que sea,  
estoy dentro del derecho  
que me asiste; á usted le queda  
el de mudarse.—

ISOLINA.

Dí, Pilar,

ahora caigo: ¿con que era  
el señor de esta mañana?...

PILAR.

La causa de mi tristeza,  
el que nos pone en la calle:  
Dios presente no le tenga  
al juzgarle, todo el daño  
que hoy nos hace.

ISOLINA.

Que así sea.

Tiene traza de casero.  
Jesus; ¡qué cara tan fea!  
si yo le viera de noche  
de miedo no me durmiera.

MANUEL.

Adios, Pilar, hasta luego: (Tomando el sombrero.)  
quiera Dios que cuando vuelva  
pueda contento decirte,  
hermana, ya nada temas.

PILAR.

Adios, hermano, mas tarde  
yo tambien iré á la tienda  
por labor.

ISOLINA.

Traétela toda,  
que por mucha que trajeras,  
no haya miedo, entre las dos  
la haremos.

PILAR.

Bendita seas.

MANUEL.

¿Me das, Isolina, un beso? (La besa )  
Adios, pues. (Vásc.)

PILAR.

Que él te proteja.

ISOLINA.

Hermana, te dejo sola,  
vuelvo pronto. (Vásc.)

PILAR.

Cuando quieras.

## ESCENA II.

PILAR, sola.

¡Pobre hermano! solo él  
 tal desventura soporta.  
 ¡Quién le hubiera de decir  
 cuando rico en Barcelona,  
 á los pobres socorria,  
 que en no muy lejana época  
 iba á verse precisado  
 á pedir casi limosna!  
 ¡Si yo pudiera!... ¡Mas qué  
 puede una mujer y sola!  
 ¡Ser pobre es tanta desgracia!  
 Si no lo fuese, á esta hora  
 á realizarse mi dicha  
 quizá estaria muy próxima.  
 ¿No me ha dicho veinte veces  
 Federico que me adora,  
 y que diera sus riquezas  
 porque yo fuera su esposa?  
 Él es un noble, un marqués  
 que fama de rico goza:  
 yo una pobre costurera  
 sin mas caudal que mi honra.  
 Cuánto no tengo sufrido  
 al escuchar de su boca:  
 —Díme, Pilar, los obstáculos  
 que á mi deseo se opongán,  
 que para vencerlos todos  
 firmeza y valor me sobran.  
 ¿Es, por ventura, tu madre  
 quien mis designios estorba?  
 Pues dímelo, y presuroso  
 iré á hablarla sin demora.—  
 Y yo por no descubrirle  
 mi posición angustiosa



ISOLINA. Que aunque falta de experiencia,  
cosa no estraña en mi edad,  
creí... que... vamos, no puedo,  
me dá el hablar cortedad.

PILAR. ¿Qué tienes?

ISOLINA. ¿Qué tengo? Miedo  
de que me riñas.

PILAR. ¿Por qué?

ISOLINA. ¿Me juras?...

PILAR. ¿Qué he de jurar?

ISOLINA. No enfadarte si pequé  
en tal proyecto al pensar.  
Escúchame.

PILAR. Escucho atenta.

ISOLINA. Dime; si yo me acercára  
al que hoy tu mal acrecenta,  
llorando, y le suplicára  
que un plazo nos concediera,  
dentro del cual satisfecho  
quedar el débito hubiera,  
¿no se ablandára su pecho,  
y pensando con mas calma  
nos sacara del apuro?  
Si no lo hace, te aseguro  
que tiene de estuco el alma.

PILAR. Tu proceder fuera en vano  
pues nada conseguirías.

ISOLINA. Yo estrecharía su mano.

PILAR. Despues te arrepentirías.

ISOLINA. ¿Es decir que desapruebas?...

PILAR. Aun tienes muy pocos años,  
y sin embargo, ya llevas  
sufridos mil desengaños.

No bien al mundo viniste,  
á aquella que te dió el ser  
¡triste suerte! no pudiste  
ya jamás volver á ver.

Tu madre...

ISOLINA. ¡Madre adorada!

- Por verla diera mi vida.
- PILAR. A no ser por mí, abrasada  
ó á cenizas reducida  
hubieras quedado.
- ISOLINA. Horror  
me causa solo el pensar...  
Dime, hermana, por favor,  
¿no fué dado averiguar  
á Manuel?...
- PILAR. Nada, hija mia :  
á la mañana siguiente  
antes que rompiera el dia ,  
á Barcelona y su gente  
dejamos , y con nosotros  
á Madrid te condujimos.
- ISOLINA. Es decir, que no tengo otros  
parientes...
- PILAR. Jamás supimos  
quién puedan ser. A su lado  
de otro modo ya estarías ,  
y de su amor y cuidado  
único objeto serías.
- ISOLINA. ¿ Mas qué importa, si hallo en tí  
el cariño de una madre?  
¿ Si al ver á Manuel, sentí  
por él el amor de padre?
- PILAR. ¿ Qué hora será? (Cogiendo la mantilla.)
- ISOLINA. Lo veré ;  
¿ vas á salir? Son las dos.
- PILAR. No tardo mucho en volver ;  
dame un beso.
- ISOLINA. (Besándose.) Adios.
- PILAR. Adios. (Váse.)

## ESCENA IV.

ISOLINA, sola.

Se van, y sola me dejan:  
gracias que no tengo miedo;  
digo, sí; como viniera  
ese maldito casero,  
para correr á esconderme  
me habia de faltar tiempo.  
Porque al ver aquella cara  
que no desmiente sus hechos,  
es imposible, imposible,  
no temblar. Vamos, yo creo  
que bien pasára por moro  
si se marchára á Marruecos.  
¡Qué cara! de valde es cara.  
Tiene trazas de usurero.  
¿Es posible que no haya  
para ese hombre un empeño  
que de opinion variar  
le haga?... (Pausa brevísima.) Ya casi siento  
que no venga. Quiera el cielo  
enviarle, porque entonces  
aquí los dos lucharemos,  
y triunfará el que triunfare.  
Tal vez lo que no ha hecho  
con sus súplicas Manuel,  
yo con mis razonamientos  
infantiles hacer pueda,  
y al cabo logre mi objeto.  
¡Madre mía! hoy mas que nunca  
vivo está en mí tu recuerdo.  
Ya que soy tan infeliz  
que estar contigo no puedo,  
ni gozar de tus caricias,  
ni siquiera darte un beso,  
donde quiera que te encuentres

allí te busco é impetro  
de tu maternal cariño  
que fuerza me des y aliento,  
para que alcance en favor  
de Pilar, todo el sosiego  
necesario... ¡Mas que escucho!...

(Llaman á la campanilla.)

Llaman á la puerta. ¡Cielos!

¿Si será él? A abrir corro.

(Sale y vuelve en seguida acompañada de Federico.)

## ESCENA V.

ISOLINA, FEDERICO.

ISOLINA. Adelante. (Sorprendida.) Caballero...

(¿Quién será?... no le conozco.)

FEDERICO. No tengas miedo, hija mia.

ISOLINA. ¡Yo miedo!... Jamás le tuve.

(Estrañando que Federico toma una silla y se sienta.)

(¡Y se sienta!)

FEDERICO. Eres muy linda.

ISOLINA. Muchas gracias; no merezco  
tanto favor.

FEDERICO. Es justicia.

ISOLINA. Sin embargo, yo no admito...

FEDERICO. (Tiene cara de muy lista.) (Pausa breve.)

ISOLINA. Puedo saber...

FEDERICO. Ya comprendo;

¿la causa de mi visita?

ISOLINA. Pues... (Si no se la pregunto...)

FEDERICO. (¡Cómo empezar!...) Dí, tu prima...

ISOLINA. Dispense usted, caballero,  
yo no tengo...

FEDERICO. (¿Será tia?)

Es verdad; quiero decir...

vamos, acerca una silla  
y te diré...

ISOLINA. (Sorprendida.) (¡Pues me gusta

su cortés galantería!)  
 ¿Está usted acostumbrado  
 á tratar con señoritas?

FEDERICO. ¿Por qué lo dices?

ISOLINA. Por nada.

Mas yo entendido tenia  
 que su obligacion... (Indicando le acerque una silla.)

FEDERICO. (Acercándose.) Perdona.

ISOLINA. No hay de qué: conque decia... (Sentándose.)

FEDERICO. Que por desgracia ó fortuna  
 hoy supe que aquí vivia  
 una mujer que es un ángel  
 con su hermano y una niña,  
 cuyos tres, de la desgracia  
 el yugo horrible sufrian.

Yo que conozco á Pilar  
 á quien considero digna  
 de mejor suerte, al momento  
 pensé amparar... y venia...

ISOLINA. ¿Será verdad?

FEDERICO. Te lo juro.

¿Tú inconveniente tendrías  
 en contarme...

ISOLINA. Yo ninguno:

por el contrario, alegría  
 me dá haberos conocido.

FEDERICO. Siéntate aquí, en mis rodillas  
 y cuéntame...

ISOLINA. Un beso antes.

FEDERICO. Con mucho gusto, hija mia. (Se le dá.)

ISOLINA. Para no ser muy molesta,  
 solo os haré una sucinta  
 relacion de los pesares  
 que acosan á esta familia  
 de dos meses á esta parte.  
 Pilar, para una modista  
 que llaman madan... no acierto  
 á pronunciarlo... cosía:  
 pero hace cuatro semanas





- corre á verle, y... ¿no adivinas?
- ISOLINA. Sí, sí, lo comprendo todo.
- FEDERICO. (Vale un caudal esta chica.)  
¿Tú sabrás guardar silencio?
- ISOLINA. No diré esta boca es mia.
- FEDERICO. Cuenta que yo te protejo,  
y que podrás ser muy rica. (Se levanta.)
- ISOLINA. Yo por mí nada ambiciono.
- FEDERICO. Le pondré cuatro letritas.
- (Saca una cartera del bolsillo, y se le cae una tarjeta; él no lo nota.)
- ISOLINA. Aquí tiene usted tinteró,  
pluma de acero y falsilla.
- FEDERICO. Gracias, no la necesito. (Se sienta á escribir.)
- ISOLINA. Voy por lacre, y en seguida  
vuelvo con él. (Madre mia,  
perdóname si hice mal  
en recibir la visita.) (Váse por la derecha, pausa.)

## ESCENA VI.

FEDERICO solo.

Ahora comprendo por qué  
ella su amor me negaba, (Se levanta.)  
y por qué me suplicaba  
que la olvidára; llegué  
á tiempo por mi fortuna.  
Al fin con este dinero  
podrán pagar al casero  
y libertarse de alguna  
necesidad apremiante.  
Antes la amé y hoy la adoro,  
que semejante tesoro  
bien se merece un amante  
apasionado y sincero  
que la dé riqueza y nombre,  
y que, aunque al mundo le asombre,  
la quiera cual yo la quiero.  
Yo á mi madre la diré:

Ya que á tu hija perdiste,  
la que encontrar no pudiste,  
otra hija yo te daré;  
que es pobre, mas siendo honrada  
poco importa; su pureza  
vale mas que mi riqueza  
cien veces cuadruplicada.

## ESCENA VII.

ISOLINA, FEDERICO.

ISOLINA. ¿Cómo, habeis ya concluido?  
Tomad lacre.

FEDERICO. ¿Y para qué?

ISOLINA. Para que cerreis la carta.

FEDERICO. No hace falta así está bien.  
Cuatro mil reales te dejo. (Acercándose á la mesa.)

ISOLINA. Poco abulta.

FEDERICO. Está en papel.

ISOLINA. ¿Para qué tanto dinero?

FEDERICO. Bah... bah... lo que es menester  
es que tú guardes silencio.

ISOLINA. No haya miedo, que yo sé  
lo que importa la reserva.

FEDERICO. Adios, hija. (Despidiéndose.)

ISOLINA. ¿Se vá usted?

FEDERICO. Sí, mas descuida, que pronto  
vendré á veros otra vez.  
Dame un beso y cuidadito. (La besa.)  
Adios.

ISOLINA. Páselo usted bien.

## ESCENA VIII.

ISOLINA sola.

Yo estoy loca de alegría,  
de entusiasmo y de placer.

¡De pobres pasar á ricos!

(Reparando en la tarjeta.)

¡Calla! ¿Qué es esto? ¡Un papel! (Lo coje.)

No, pues es una tarjeta. (Leyendo.)

«Federico Albar, marqués  
de Torres Altas, Preciados,  
número cincuenta y tres.»

Caramba, ya no me estraña  
que se pueda desprender  
de suma tan respetable.

Pero es muy chocante á fé (Con intencion.)

que solo por compasion,  
sin algun otro interés,  
se empeñe en favorecernos.

Apostaba un alfiler  
á que hay algo; de seguro:  
pues yo lo averiguaré.

Si supiera que se trata...

## ESCENA IX.

ISOLINA, PILAR.

PILAR. Gracias á Dios que llegué.

ISOLINA. Pilar, Pilar, tú no sabes... (Con alegría.)  
vamos, si parece un sueño.

Escúchame, somos ricos,  
tenemos mucho dinero.

(Pilar se quita la mantilla y se sienta.)

No bien hubiste salido  
se presentó un caballero  
que dice que te conoce.

PILAR. ¿A mí? no puede ser cierto.

ISOLINA. ¿Con que dudas? Pues no á fé;  
ya sabes que yo no miento.

PILAR. Bien, prosigue.

ISOLINA. Me pregunta  
si aquí vives; le contesto  
la verdad; dice que sabe

todos tus padecimientos,  
y que á evitarlos está  
de cualquier modo resuelto.  
El me sigue preguntando,  
yo le sigo respondiendo,  
y el lance de esta mañana  
sin escrúpulos le cuento:  
¿hice bien?

PILAR. Muy mal hiciste.

ISOLINA. Pues yo lo contrario creo.  
¿Si vieras con qué atencion  
me escuchaba!...

PILAR. (No sospecho  
quién pueda ser.) Pero al fin...

ISOLINA. Presta atencion, te lo ruego;  
le dije lo de la carta  
que Manuel habia puesto  
para su amigo; y entonces,  
encargándome el secreto,  
me dijo: pues supongamos  
que yo soy Mata, que vengo  
á aliviar vuestras desgracias,  
y que os dejo este dinero:  
y sacando una cartera  
que era muy linda por cierto,  
pidióme papel y pluma,  
sentóse, le dí el tintero  
y escrita dejó esta carta  
(Se acerca á la mesa y coje la carta.)  
con cuatro mil reales dentro.

(Pilar coje la carta y la lee.)

PILAR. ¿Y tú por qué lo aceptaste  
sin saber quién era el dueño?

ISOLINA. Perdona; mas por fortuna,  
no tardarás en saberlo.

PILAR. Cómo, ¿tu le preguntaste?

ISOLINA. ¿Preguntarle? No por cierto.  
Mas en el suelo caida  
dejó esta tarjeta; creo

que ha de ser suya.

PILAR. Veamos. (La lee y se sorprende.)

(¡Aquí Federico... cielos!...

¿Cómo ha podido saber?...)

ISOLINA. ¿Qué, le conoces? (Con ansiedad.)

PILAR. Sospeché

que sí.

ISOLINA. Y ahora, ¿qué dices?

PILAR. (En conjeturas me pierdo.)

Oye, Isolina, y no olvides  
mis palabras.

ISOLINA. Obedezco.

PILAR. De semejante visita  
no darás conocimiento  
á Manuel, porque presumo  
no le gustará; y respecto  
de ese dinero, guardado  
le tendré, hasta que encontremos  
una ocasion oportuna  
de devolverle á su dueño.

ISOLINA. ¿Estás loca? Pues y entonces,  
¿cómo pagar al casero?

PILAR. ¿Tú que sabes, hija mia?  
mi honor á todo prefiero.

ISOLINA. Perdóname si ligera  
procedí. Tanto te quiero  
que si acepté, fué pensando  
que un bien te haria.

PILAR. Celebro  
tu intencion; ¿mas no comprendes  
que en ello se pone á riesgo  
mi honradez? y eso jamás. (Pausa.)

ISOLINA. ¿Sabes, hermana, que tengo  
necesidad?

PILAR. (¡Pobrecilla!)

Mira, dos reales y medio (Saca dinero.)  
aun me quedan; iré al punto  
á la tienda, y...

ISOLINA. No consiento,

hermana, que te molestes

(Mientras dice esto, coje un sombrerito y se lo pone )

por mi causa: ¡fuera bueno  
que tú bajaras!... Yo misma  
bajaré; no tengas miedo  
que me tarde.

PILAR.

Como quieras.

ISOLINA.

Adios, al momento vuelvo.

(Toma el dinero y váse.)

## ESCENA X.

PILAR, sola.

Cuando pensaba que ya  
se habia de mí olvidado,  
otra prueba mas: ¡Dios mío!  
por mas que pienso, no alcanzo  
á descubrir como pudo  
llegar aquí. Yo no trato  
á nadie que sea amigo  
del marqués; y sin embargo,  
no cabe duda ninguna  
de que es él, pues el relato  
de la niña y la tarjeta  
lo están así demostrando.  
Pero, si mal no recuerdo,  
madama me ha preguntado  
si conocia yo á un jóven  
que esta mañana temprano  
entró en su tienda á comprar  
pañuelos para la mano,  
el que con mucho interés  
por mí estuvo preguntando.  
Esto, unido á su visita,  
lo esplica todo muy claro.  
Por ella nuestras desgracias  
habrá sabido: le alabo  
su proceder; mas no obstante,

como puede haber obstáculo  
 y dudarse de mi honor,  
 yo su proteccion rechazo.  
 ¿Qué le importa á uno ser pobre  
 con tal de que sea honrado?

## ESCENA XI.

PILAR, MANUEL.

PILAR. (Al ver á Manuel, oculta la carta y la guarda en el bolsillo.)  
 (¡Aquí mi hermano!)

MANUEL. Pilar,  
 triste nueva vengo á darte:  
 pero ¿qué hacer? Dios lo quiere,  
 y no hay mas que resignarse.

PILAR. Es decir...

MANUEL. Que no tenemos  
 á nadie en el mundo, á nadie,  
 á quien volver nuestros ojos,  
 en este de llantos valle. (Se sienta.)  
 Oyeme, hermana, y verás  
 si es nuestra desgracia grande.  
 Llego á la casa de Mata,  
 llamo á la puerta, me abren,  
 y en la antesala me espero  
 hasta que ordena que pase.  
 Entro, y al verme se estraña,  
 me apresuro á saludarle,  
 le digo quién soy, y entonces  
 me responde... así, con aire  
 de indiferencia... ¡Si vieras!...  
 vamos, me dió tal coraje,  
 que á no ser por tí le dejo;  
 pero solo al acordarme  
 de lo mucho que padeces,  
 de todos nuestros pesares,  
 le supliqué me escuchára,  
 pero, hija, todo fué en valde.



Despues que hube concluido,  
me dice. —Llega usted tarde,  
amigo, mucho lo siento,  
però tres semanas hace  
que pagué cinco mil duros  
á Beltran el comerciante,  
que le restaba de atrasos  
por razon de almacenaje,  
y estoy seguro no tengo  
en mi caja dos mil reales  
para pago de atenciones.—  
Díme, Pilar, ¿puede darse  
otro mayor desengaño?  
Entonces salí á la calle  
renegando de mi suerte,  
y aquí me tienes.

PILAR. Infame  
proceder con un amigo.  
Mas le valiera acordarse  
de cuando era en Barceloua  
celador de carruajes.

MANUEL. Bien lo predijo la niña  
su fabulilla al contarme.  
Tan solo por tí lo siento,  
y por ella, que es un ánge!.

PILAR. (Dios mio, ¿qué debo hacer?  
Esta carta era bastante...)

## ESCENA XII.

DICHOS, ISOLINA.

ISOLINA. (Entra corriendo con una moneda de oro en la mano.)  
Pilar, Manuel, mira, mira  
lo que os traigo; ya tenemos  
mucho más que suficiente  
para pagar al casero.

MANUEL. ¡Cinco duros!

PILAR. ¡Cinco duros?

- ISOLINA. Cabalitos.
- MANUEL. No comprendo.
- PILAR. Ni yo tampoco.
- ISOLINA. Adivina,  
ó en otro caso te ruego  
que te declares vencida  
si quieres todo saberlo.  
¿Te dás por vencida?
- PILAR. Sí.
- ISOLINA. ¿Y tú, Manuel?
- MANUEL. Te prometo  
escucharte.
- ISOLINA. Pues entonces  
atencion, oigan el cuento.  
Por que no me regañáras  
volvía á casa corriendo,  
y al atravesar la calle  
con una cosa tropiezo;  
bájome al punto y la cojo;  
¿qué dirás que era?
- PILAR. No acierto.
- ISOLINA. Pues era un porta-monedas  
con muchísimo dinero.  
Al pronto me quedé atónita,  
mas reflexionando luego,  
dije: lo que debo hacer  
es entregarle á su dueño.  
Mas ¿cómo, si yo no sé  
quién podrá ser? Cuando en esto  
me dan un golpe en la espalda,  
si vieras... ¡me dió tal miedo!...  
y oigo una voz de mujer,  
muy simpática, por cierto,  
que me dice.—Dí, hija mia,  
¿dónde te encontrastes eso?—  
Respondíla:—aquí, señora;  
¿será de usted?—Yo tal creo;  
me replicó.—Pues entonces  
tómele usted.—No, no quiero

admitirlo sin probarte  
 que me pertenece; dentro  
 debe tener diez monedas;  
 cuéntalas, yo te lo ruego.—  
 Contélas, y ví que habia  
 diez monedas en efecto.  
 Se lo devolví y entonces,  
 despues de darme dos besos,  
 me dijo.—Para tu madre  
 toma este obsequio pequeño.—  
 Entonces me eché á llorar,  
 pues semejante recuerdo  
 otro efecto no podia  
 obrar en aquel momento.  
 De mis lágrimas la causa  
 me preguntó; la contesto  
 la verdad, y entónces ella,  
 lanzando un suspiro al viento,  
 tambien lloró por su hija.  
 Preguntóme con empeño  
 las señas de nuestra casa;  
 díselas, me dió otro beso,  
 y se alejó: esta es la historia.  
 Ahora, ¿qué dices?

MANUEL.

Que creo

que eres, mas bien que una niña,  
 un emisario del cielo.

ISOLINA.

Con que anda, no te entretengas,  
 corre á pagar al casero.

¡Qué chasco se vá llevar!  
 Tan solo por él me alegro.

Dí, Pilar ¿no te parece  
 que este es un golpe soberbio?

PILAR.

A no ser por tí, hija mia,  
 no sé que hubiéramos hecho.

(Manuel vá á salir, y se lo impiden doña Dorotea y Isolina que entran.)

## ESCENA XIII.

DICHOS, DOÑA DOROTEA y FEDERICO.

D.<sup>a</sup> DOROTEA. Esta debe ser la casa.

MANUEL. Señora... (Saludando.)

FEDERICO. (Disimulemos.) (Al ver á Pilar.)

PILAR. (¡Federico!) (Sobresaltada.)

MANUEL. ¿En qué podemos?...

PILAR. (Yo no sé lo que me pasa.)

ISOLINA. ¿Qué es lo que miro? ¡Señora!

Manuel, Pilar, acercaros.

Tengo un gusto en presentaros  
nuestra digna protectora.(Todos se acercan y la saludan: la niña pasa al lado de  
Federico, y vuelve al de la señora cuando los versos lo  
indican.)

MANUEL. Sentáos. (Acercando una silla á doña Dorotea.)

ISOLINA. O me equivoco, (Aparte á Federico.)

ó es usted el caballero  
que me dejó aquel dinero  
para Pilar hace poco.FEDERICO. Guarda silencio y tendrás (Idem.)  
cuanto quieras.ISOLINA. Convenido:  
pero tenga usted entendido  
que he de saber... (Con malicia.)

FEDERICO. Lo sabrás.

(La niña pasa al lado de doña Dorotea, y Pilar al de Fe-  
derico.)

PILAR. (Todo lo sé.) (Aparte á Federico.)

FEDERICO. (No comprendo.) (Idem á Pilar.)

PILAR. (Y me alegro de encontraros,  
tengo una cosa que daros;  
tomad.) (Le devuelve su carta y el billete.)

FEDERICO. (Pilar, no os entiendo.)

(Pilar pasa al lado de doña Dorotea para no dar lugar á  
que la conteste Federico y dice á esta.)

- PILAR. Pero haberos molestado  
en subir tanta escalera...
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. Es mi deber, Dios lo manda  
premiar las acciones buenas.
- ISOLINA. Él os lo pague, señora,  
cuando esteis en su presencia.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Y sois muchos de familia?
- MANUEL. No, señora: toda entera  
aquí la teneis; mi hermana  
y un servidor.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. Yo quisiera  
saber de vuestras desgracias  
el relato: ¿no lo apruebas,  
hijo mio?
- FEDERICO. Yo por mi parte...
- PILAR. Marquesa... (Con intencion.)
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Me conocéis por ventura?
- PILAR. Alguna vez en la tienda  
de madama Clementina  
os he visto comprar telas.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. No recuerdo.
- PILAR. Y os envidio  
en verdad vuestra belleza,  
vuestra posicion y nombre,  
¿sereis feliz?
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Hay quien pueda  
decir que goza en el mundo  
de felicidad completa?  
No, hija mia; hace seis años...
- MANUEL. ¿Seis años? ¡Terrible fecha!  
ese es el tiempo preciso  
que el yugo de la siniestra  
suerte venimos sufriendo:  
en aquellos tiempos era  
en Barcelona mi casa  
sin disputa la primera.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Erais comerciante?
- MANUEL. Sí;  
pero en el año cincuenta

- Y...
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.       ¿Qué sucedió?
- MANUEL.                       Que el banquero  
donde yo tenía puestas  
sumas de grande importancia,  
se vió arruinado, y en quiebra  
se declaró.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.               ¡Qué desgracia!  
y entonces...
- MANUEL.                       Cerré mi tienda  
y me retiré.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.               Decidme:  
¿recordais una ocurrencia (Afectada.)  
tambien muy triste, un incendio  
que ocurrió en aquella época?
- MANUEL.                       No tan solo lo recuerdo  
sino que memoria eterna  
tendré de él; ¿mas qué os sucede?
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.       Nada, contadme.
- Í SOLINA.                       Se altera  
vuestro semblante, temblais.
- FEDERICO.                    No es estraño, su cabeza  
se trastorna al recordar  
aquella terrible escena.
- PILAR.                        ¿Quereis algo?
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.                No, hija mia,  
dejadle hablar, me interesa.
- ISOLINA.                    ¿Será quizás ese incendio  
del que tú me hablaste? (Á Pilar.)
- MANUEL.                        Eran  
apenas las ocho dadas  
cuando oigo tocar á fuego,  
cuento doce campanadas,  
me asomo al balcon y luego  
veo una casa que ardia  
de la nuestra no distante.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA.                ¿Calle de la Platería?...  
(Con interés y muy afectada.)
- MANUEL.                        Exacto: bajo al instante,

llego hasta allí, y al entrar  
por un pasillo corrido,  
á un niño siento llorar  
con lastimero quejido,  
corro á auxiliarle, le encuentro,  
era una niña...

D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¡Dios mio!

MANUEL. Dentro de las llamas, dentro  
se encontraba; mas con brío  
de allí la saqué...

D.<sup>a</sup> DOROTEA. Y despues... (Con ansiedad.)  
¿Murió acaso?

MANUEL. No por cierto.

D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Dónde se encuentra?

MANUEL. Esta es.

(Manuel señala á Isolina, doña Dorotea quiere abrazarla y lo mismo Federico; Manuel y Pilar demuestran su asombro y la niña con precipitacion, sin dejar hablar á los demás personajes, dice.)

ISOLINA. Yo soy, señora, no he muerto:  
¿mas qué me importa el vivir  
sin gozar de las delicias  
de mi madre, y sus caricias?  
¡Si no he de verla, morir  
preferiría!

(Federico se adelanta y abrazándola con efusion esclama.)

FEDERICO. Es temprano,  
que aunque muriera tu padre,  
te dá el corazon tu hermano.

D.<sup>a</sup> DOROTEA. Y el suyo te abre tu madre.

(Doña Dorotea turbada por la alegría la abraza con efusion, lo mismo hace Federico; Manuel y Pilar se consultan como estrañando el suceso.)

ISOLINA. ¡Madre mia!

PILAR. ¿Será cierto?

D.<sup>a</sup> DOROTEA. Tomad, tomad su retrato  
que hace seis años le llevo  
aquí en el pecho guardado.

ISOLINA. ¿Sabeis mi nombre?

- D.<sup>a</sup> DOROTEA. Isolina.
- ISOLINA. Es verdad, así me llamo.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Y averiguar no pudisteis?...
- MANUEL. Señora, todo fué en vano;  
á la mañana siguiente  
á Barcelona dejamos  
y aunque repetidas veces  
escribimos preguntando  
si os conocian, fue inútil,  
tan solo nos contestaron  
que érais unos viajeros  
que la noche del fracaso  
por casualidad estaban  
en Barcelona de paso.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. Semejante accion, no encuentro  
dinero con que pagaros.
- ISOLINA. ¿Con que eres rica? Me alegro  
Dí, ¿me harás muchos regalos?  
Yo con poco me contento.  
Con que me lleves al Prado  
y al coche de los borregos  
me subas. ¡Cuesta dos cuartos!  
Y me compres un abrigo  
de esos de picos muy largos,  
unas botas imperiales  
y un abanico de sándalo,  
ya estoy contenta.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¡Hija mia!  
lo tendrás.
- ISOLINA. ¡Cuánto te amo!  
mas no quiero que por esto  
te olvides de mis hermanos.
- D.<sup>a</sup> DOROTEA. Que pidan, que cuanto tenga  
será suyo.
- PILAR. Está pagado  
con el amor que la niña  
nos profesa.
- FEDERICO. Me adelanto  
á pedirnos recompensa.



Madre mia, aquí á mi lado  
teneis la mujer que adoro,  
la que durante seis años  
hizo lo que vos hiciérais  
por vuestra hija: su mano  
es todo lo que ambiciono.

D.<sup>a</sup> DOROTEA. ¿Qué decís? (Á Pilar.)

PILAR. Que fuera en vano  
negar.

ISOLINA. Pues bien, concedido. (Con resolucion.)

D.<sup>a</sup> DOROTEA. Tú lo has dicho. (Accediendo.)

ISOLINA. Trae la mano. (Á Federico.)

¿Y Manuel?...

D.<sup>a</sup> DOROTEA. De mis haciendas  
le nombraré apoderado,  
y así vivirás contenta  
conmigo y tus tres hermanos.

MANUEL. Señora...

D.<sup>a</sup> DOROTEA. La Providencia  
no abandona al desgraciado.

ISOLINA. Dame tu mano, Pilar. (Hace que se la dé á Federico.)  
Dios os haga bien casados. (Imitando una bendicion.)

(Al público.)

De gozo mi alma rebosa,  
loca de contento estoy,  
pero, francamente, soy  
á la verdad ambiciosa.  
Solo me falta una cosa  
y lo digo sin doblez,  
ya que el cielo á mi niñez  
hoy premi6, aquí abrazadas  
esperan vuestras palmadas,  
LA INOCENCIA Y LA HONRADEZ.

FIN.

Examinada esta comedia, no encuentro inconveniente en que su representacion se autorice, suprimiendo dos versos y la moral de la fábula por desconsoladora.

Madrid, 17 de Julio de 1867.

EL CENSOR DE TEATROS,  
Narciso S. Serra.

**NOTA.** Quedan hechas las supresiones indicadas por el señor Censor.

# PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

## PROVINCIAS.

<i>Albacete.</i>	S. Ruiz.	<i>Lucena.</i>	J. B. Cabeza.
<i>Alcalá de Henares.</i>	Z. Bermejo.	<i>Lugo.</i>	Viuda de Pujol
<i>Alcoy.</i>	J. Marti.	<i>Mahon.</i>	P. Vincent.
<i>Algeciras.</i>	R. Muro.	<i>Málaga.</i>	J. G. Taboadela y F. de Moya.
<i>Alicante.</i>	J. Gossart.	<i>Manila (Filipinas).</i>	A. Olona.
<i>Almagro.</i>	A. Vicente Perez.	<i>Mataró.</i>	N. Clavell.
<i>Almería.</i>	M. Alvarez.	<i>Mondoñedo.</i>	Viuda de Delgado.
<i>Andújar.</i>	D. Caracuel.	<i>Montilla.</i>	D. Santolalla.
<i>Antequera.</i>	J. A. de Palma.	<i>Murcia.</i>	T. Guerra y Herederos de Andrión.
<i>Aranjuez.</i>	D. Santisteban.	<i>Ocaña.</i>	V. Calvillo.
<i>Avila.</i>	S. Lopez.	<i>Orense.</i>	J. Ramon Perez.
<i>Avilés.</i>	M. Roman Alvarez.	<i>Orihuela.</i>	J. Martinez Alvarez.
<i>Badajoz.</i>	F. Coronado.	<i>Osuna.</i>	V. Montero.
<i>Baeza.</i>	J. R. Segura.	<i>Oviedo.</i>	J. Martinez.
<i>Barbastro.</i>	G. Corrales.	<i>Palencia.</i>	Hijos de Gutierrez.
<i>Barcelona.</i>	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.	<i>Palma de Mallorca.</i>	P. J. Gelabert,
<i>Bejar.</i>	J. Teixidor.	<i>Pamplona.</i>	J. Rios Barrena.
<i>Bilbao.</i>	E. Delmas.	<i>Pontevedra.</i>	J. Buceta Solla y Comp.
<i>Búrgos.</i>	T. Arnaiz y A. Hervias.	<i>Priego (Córdoba.)</i>	J. de la Gámara.
<i>Cabra.</i>	B. Montoya.	<i>Puerto de Sta. Maria.</i>	J. Valderrama.
<i>Cáceres.</i>	H. E. Perez.	<i>Puerto-Rico</i>	J. Mestre, de Mayagüez.
<i>Cádiz.</i>	V. Morillas y Compañia.	<i>Requena.</i>	C. Garcia.
<i>Culatayud.</i>	F. Molina.	<i>Reus.</i>	J. Prius.
<i>Canarias.</i>	F. Maria Poggi, de Santa Cruz de Tenerife.	<i>Rioseco.</i>	M. Prádanos.
<i>Carmona.</i>	J. M. Eguiluz.	<i>Ronda.</i>	Viuda de Gutierrez,
<i>Carolina.</i>	E. Torres.	<i>Salamanca.</i>	R. Huebra.
<i>Cartagena.</i>	J. Pedreño.	<i>San Fernando.</i>	J. Gay.
<i>Castellon.</i>	J. M. de Soto.	<i>S. Ildefonso (La Granja)</i>	J. Aldete.
<i>Castroudiales.</i>	L. Ocharán.	<i>Sanlúcar.</i>	I. de Oña.
<i>Ceuta.</i>	M. Garcia de la Torre.	<i>San Sebastian.</i>	A. Garralda
<i>Ciudad-Real.</i>	P. Acosta.	<i>S. Lorenzo. (Escorial.)</i>	S. Herrero.
<i>Córdoba.</i>	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.	<i>Santander.</i>	C. Medina y F. Hernandez.
<i>Coruña.</i>	J. Lago.	<i>Santiago.</i>	B. Escribano.
<i>Cuenca.</i>	M. Mariana.	<i>Segovia.</i>	L. M. Salcedo.
<i>Ciçija.</i>	J. Gluli.	<i>Sevilla.</i>	F. Alvarez y Comp.
<i>Cerrol.</i>	N. Taxonera.	<i>Soria.</i>	F. Perez Rioja.
<i>Ciguerras.</i>	M. Alegret.	<i>Talavera de la Reina.</i>	A. Sanchez de Castro.
<i>Cerona.</i>	F. Dorca.	<i>Tarazona de Aragon.</i>	P. Veraton.
<i>Cijon.</i>	Crespo y Cruz.	<i>Tarragona.</i>	V. Font.
<i>Cranada.</i>	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora:	<i>Teruel.</i>	F. Baquedano.
<i>Cuadalajara.</i>	R. Oñana.	<i>Toledo.</i>	J. Hernandez.
<i>Cabana.</i>	M. Lopez y Compañia.	<i>Toro.</i>	L. Poblacion.
<i>Caro.</i>	P. Quintana.	<i>Trujillo.</i>	A. Herranz.
<i>Cuelva.</i>	J. P. Osorno:	<i>Tudela.</i>	M. Izalzu.
<i>Huesca.</i>	K. Guillen.	<i>Tuy.</i>	M. Martinez de la Cruz
<i>Hun.</i>	R. Martinez.	<i>Ubeda.</i>	T. Perez.
<i>átiva.</i>	J. Perez Fluixá.	<i>Valencia.</i>	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
<i>erez.</i>	F. Alvarez de Sevilla.	<i>Valladolid.</i>	D. Jover y H. de Rodrigz.
<i>as Palmas (Canarias)</i>	J. Urquia.	<i>Vich.</i>	Soler, Hermanos.
<i>Leon.</i>	Miñon Hermano.	<i>Vigo.</i>	M. Fernandez Dios.
<i>Merida.</i>	J. Sol é hijo.	<i>Villanueva y Geltrú.</i>	L. Creus.
<i>Minares.</i>	J. M. Caro.	<i>Vitoria.</i>	J. Oquendo.
<i>Logroño</i>	P. Briebe.	<i>Zafra.</i>	A. Oguet.
<i>Loreo</i>	A. Gomez.	<i>Zamora.</i>	V. Fuertes.
		<i>Zaragoza.</i>	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

## MADRID.

Librerías de la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y de MOYA Y PLAZA, calle de Carretas; de A. DURAN, Carrera de San Gerónimo; de L. LOPEZ, calle del Cármen, y de M. ESCRIBANO, calle del Príncipe.

REPUBLICAN PARTY

1840	1844	1848	1852	1856
1860	1864	1868	1872	1876
1880	1884	1888	1892	1896
1900	1904	1908	1912	1916
1920	1924	1928	1932	1936
1940	1944	1948	1952	1956
1960	1964	1968	1972	1976
1980	1984	1988	1992	1996
2000	2004	2008	2012	2016



REPUBLICAN PARTY

REPUBLICAN PARTY